

EL MENTIDERO



DE LA VILLA DE MADRID

N.º 886 | Sábado, 6 de Abril de 2024

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ «Rojos» y «Fascistas» sin odio ni rencor: el edificante testimonio de un niño de la guerra civil, *Arnaud Imatz*
- ✚ El riesgo de repetir la Historia, *Juan Van-Halen*
- ✚ La trampa de la «victimización», *Chistophe Geffroy*



«Rojos» y «fascistas» sin odio ni rencor: el edificante testimonio de un niño de la guerra civil

Arnaud Imatz

*Entrevista a José Ataz Hernandez (1927-2011)
[Madrid, noviembre de 2006].*

+++++

Comprender la Guerra Civil española es saber que fue «una mezcla de vanidad y sacrificio, de payasada y heroísmo», escribió Arthur Koestler en su autobiografía *La escritura invisible*. Una guerra fratricida entre conciudadanos y amigos, entre padres e hijos, entre hermanos. Muchos ejemplos hablan por sí solos: los hermanos Manuel y Antonio Machado, cuya producción literaria había sido hasta entonces conjunta, se enfrentaron por motivos ideológicos: uno era anticomunista, partidario del bando nacional, el otro era miembro de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética y simpatizaba con las Juventudes Socialistas Unificadas. Buenaventura Durruti, el líder anarquista que murió en circunstancias oscuras, muy probablemente víctima de los comunistas, se opuso a su hermano menor Marciano Pedro Durruti, que era falangista. Constancia de la Mora Maura, aristócrata y miembro del Partido Comunista, al igual que su marido Ignacio Hidalgo de Cisneros, que era comandante en jefe de la Fuerza Aérea Republicana, se enfrentó a su hermana Marichu de la Mora, escritora, periodista, amiga personal de José Antonio Primo de Rivera y una de las fundadoras de la Sección Femenina. Guerra total, deberíamos decir, guerra total entre totalitarios de izquierdas y autoritarios de derechas.

No quedaban demócratas en la España de 1936. El odio y el sectarismo se apoderaron de ambos bandos. Pero el respeto al prójimo, la nobleza y la generosidad a veces trascendían las divisiones. Este es el conmovedor relato de José Ataz, un joven «hijo de rojo», que vivió los horrores de una guerra fratricida y las terribles penurias de la inmediata posguerra. Se trata de una historia humana, real, que por sí sola nos ayuda a comprender la complejidad de este terrible acontecimiento histórico. Una historia que no juzga, que no dice lo que es justo, que no pretende demonizar ni discriminar entre puros e impuros, sino que hace una contribución honesta y modesta a la búsqueda de la verdad y de una reconciliación sincera.

En agosto de 1936, José, un niño de ocho años, presenció una escena atroz que le marcó para siempre. Su padre, Joaquín Ataz Hernández, secretario del sindicato ferroviario UGT de Murcia y dirigente provincial del PSOE, acababa de ser designado por su partido para formar parte del Tribunal Especial Popular de Murcia. Los Tribunales Populares fueron creados por decreto gubernamental a finales de agosto de 1936. Estaban compuestos por 17 magistrados, 14 de los cuales eran nombrados de oficio por los partidos y sindicatos del Frente Popular (liberales-jacobinos de izquierda, socialistas, comunistas, trotskistas y anarquistas). El 11 de septiembre, el Tribunal de Distrito de Murcia se reunió por primera vez: de las 27 personas juzgadas, 10 fueron condenadas a muerte, 8 a cadena perpetua y las demás a largas penas de prisión. Entre los condenados a muerte se encontraban el párroco Don Sotero González Lerma y el jefe provincial de Falange de Murcia, Federico Servet Clemencín.

Joaquín Ataz Hernández votó a favor de la pena de muerte para el joven líder de Falange. La orden que había recibido de su partido no podía discutirse: el «fascista» debía ser ejecutado. «Mi padre conocía a Federico desde niño, dice José. No eran amigos, pero se querían y se respetaban. Así que, justo después de la sentencia de condena del tribunal, se acercó a él para decirle: “Federico, lo siento mucho...”, pero antes de que pudiera añadir una palabra, Federico le interrumpió: “No te preocupes, yo habría hecho lo mismo contigo, ¡dame un cigarrillo!”».



Dos días después, muy temprano por la mañana del domingo 13 de septiembre, varios camiones llenos de hombres y mujeres despertaron a José. Corría el rumor de que el gobierno quería indultar a los presos, y la multitud, alborotada, exigió tomarse la «justicia» por su mano. Presa del pánico, el gobernador civil ordenó que las ejecuciones se llevaran a cabo a toda prisa. La multitud furiosa no tardó en entrar en el patio de la prisión. Los cuerpos fueron profanados y mutilados sin piedad. A media mañana, el pequeño José, que jugaba en la calle, vio y oyó los gritos de la turba. Hombres y mujeres sobreexcitados parecían tirar con cuerdas de una extraña carga. Con toda la curiosidad y agilidad de su edad, José se acerca a ella... y es presa del terror. Frente a él yace un cuerpo ensangrentado, despedazado por el impacto de los adoquines. Ninguno de los viragos presentes en el lugar le impidió ver la escena. Nadie acudió en su ayuda cuando vomitó y cayó inconsciente al suelo. Apenas recuperado, corre llorando hacia sus padres. Su madre le consuela. «¿Cómo se pueden tolerar actos tan salvajes?», pregunta indignada a su marido. El padre no contesta, tan avergonzado está. En ese momento, ignoran que se trata del cadáver del sacerdote don Sotero González Lerma, horriblemente mutilado, arrastrado por las calles y colgado de una farola frente a su iglesia, después de que un miliciano le cortara triunfalmente una oreja y exigiera a un tabernero que se la sirviera brindando con un vaso de vino...

Tan pronto como le fue posible, Joaquín Ataz Hernández dimitió como miembro del Tribunal Popular. A finales de abril de 1937 fue nombrado jefe del Cuerpo de Prisiones. Pronto se hizo cargo del campo de trabajo de Totana (Murcia), donde casi 2.000 presos políticos, condenados a cadena perpetua o a 30 años de prisión, cumplían sus penas en condiciones muy difíciles, pero no por ello menos humanas. El 1 de abril de 1939 sonaron las campanas y estallaron los petardos. José y sus dos hermanos observan a su padre: imperturbable, se peina tranquilamente mientras su madre solloza: «No os preocupéis, niños, la guerra ha terminado, pero tengo que irme de viaje unos días». Esos pocos días se convertirían en años.

Bajo secreto, José se enteró por su madre de que su padre había conseguido embarcar rumbo a México. Para sobrevivir, el pequeño tuvo que trabajar. Trabajó como pinche de cocina, aprendiz de carpintero, tendero y panadero. Finalmente volvió a la escuela con gran entusiasmo. En su clase, todos los niños conocían los antecedentes políticos de cada familia, pero nadie decía una palabra. En octubre de 1942, durante una lección de civismo, José escuchó por casualidad a su profesor explicar que José Antonio Primo de Rivera, el líder de la Falange, condenado a muerte por un Tribunal Popular y ejecutado en noviembre de 1936, «consideraba que el nacimiento del socialismo era justo». Estas palabras, en boca de un adversario, le parecieron tan insólitas que se sumergió en la lectura de las *Obras Completas* del fundador de la Falange. Salió entusiasmado y convencido.



José se enfrentaba a una grave crisis interior. ¿Estaba traicionando los ideales por los que su padre había luchado tan honradamente toda su vida? Por suerte, pudo hablar de ello con él. Sabía desde hace tiempo que su padre no estaba exiliado en México, sino que vivía escondido con sus abuelos. Sin más preámbulos, le hizo una visita y le hizo leer los discursos y el testamento de José Antonio. «Le pregunté francamente por mi problema de conciencia», dice, «y me contestó con toda la generosidad y nobleza que esperaba de él: “Escucha, hijo mío, no tengo autoridad moral para aconsejarte en un terreno en el que, por haberme comprometido con razón o sin ella, ahora tienes que sufrir todo tipo de privaciones y pasar hambre. Un soltero puede llegar hasta el final de sus ideales, sin límites, pero un hombre con mujer e hijos no tiene derecho a comprometer la supervivencia de su familia. Haz lo que te dicte el corazón, pero asegúrate siempre de que tus decisiones no comprometan a los demás. Me has oído bien, Pepe, ¡actúa siempre con honestidad y coherencia!”». Con la conciencia por fin libre, y habiendo obtenido la autorización del único hombre cuya autoridad sobre mí reconocía –añade José, jefe de centuria en el Frente de Juventudes, seguí estudiando Derecho y fue nombrado jefe del SEU (sindicato oficial de estudiantes) en el distrito universitario de Murcia».

A finales de 1948, el padre de José, que llevaba más de nueve años escondido, decidió salir de la clandestinidad. Tomó el primer tren a Madrid. Gracias a la amistad agradecida de personas a las que había ayudado durante la guerra, encontró trabajo. Durante dos años y medio, trabajó en una tienda de lámparas eléctricas de la Puerta del Sol, luego en una fábrica de conservas, sin que nadie le molestara. Pero un día de octubre de 1951, su hijo José, entonces aspirante en un regimiento de Sevilla, se enteró de que había sido detenido, víctima de la denuncia de un empleado despedido por malversación.

José decidió hacer todo lo que estaba en su mano para ayudar a su padre. En la primavera de 1952, se convocó un Consejo de Guerra. Varios testigos de la defensa se presentaron, explicando que la conducta del acusado durante la guerra había sido irreprochable. Algunos incluso le debían la vida. Tal era el caso de Salvador Martínez-Moya, catedrático de Derecho Mercantil de la Universidad de Murcia, que había sido subsecretario de Justicia en el Gobierno del radical Alejandro Lerroux. Pero el fiscal se mantuvo inflexible en su petición de pena de muerte. El jurado se retiró y deliberó durante largos minutos. Cuando por fin regresó, el presidente pronunció la condena: 30 años de prisión... pero debido a las diversas remisiones e indultos concedidos, el condenado fue inmediatamente puesto en libertad.

Una vez terminados sus estudios, José se incorporó al bufete de don Salvador Martínez-Moya, que había sido testigo clave en el juicio de su padre. El destino quiso que pronto se le uniera allí el hijo mayor de Federico Servet, el jefe provincial de Falange por cuya muerte había votado su padre. «Me llevaba muy bien con Ramón –dice José–. Nunca hablamos de nuestros padres, pero sabíamos de la trágica relación que habían tenido. Ramón estaba muy decepcionado porque España se alejaba de lo que su padre había soñado. Al final, se marchó a México y perdimos el contacto». Inteligente y trabajador, José hizo varias oposiciones a la Administración Pública. Fue el inicio de una carrera meteórica. En 1964, el Subsecretario de Estado de Hacienda le llamó. Diez años más tarde, era subdirector General del Ministerio de Hacienda.

En 2006, a sus casi ochenta años, José Ataz Hernández quería ante todo dar testimonio: «Ni yo ni mis hermanos (uno de ellos hoy socialista) hemos tenido que reconciliarnos con nadie porque nadie nos ha enfrentado a otros. Al contrario, hemos visto muchos casos discretos y anónimos de generosidad y grandeza de espíritu que hoy serían inconcebibles. Un ejemplo: en el entierro de mi padre estuvo presente Manolo Servet. Manolo era amigo mío del Frente de Juventudes y compañero de trabajo de mi hermano Joaquín. Era el segundo hijo de Federico, el joven dirigente provincial de la Falange de Murcia que había sido condenado a muerte con la participación de mi padre. Cuando se me acercó para darme el pésame y un abrazo, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarme a llorar...».



El riesgo de repetir la Historia

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor. Académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

En la vuelta a ese pasado la izquierda, y en ella el socialismo, se empeñan en insistir en el retorno a la fracasada experiencia republicana de 1931.

No hablan de una República nueva sino de recuperar aquella desastrosa vivencia

No sé si Sánchez estará ya de regreso en la capital del Reino tras disfrutar en Las Marismillas, pabellón de caza levantado en 1912, reconvertido en palacete. Fue propiedad de los Morenés, marqueses de Borghetto, cuyo actual titular es mi buen amigo, hermano en Malta, Carlos Morenés Mariátegui. No me extraña que a Sánchez le encante Las Marismillas, como La Mareta o Quintos de Mora. De los tres paraísos para el retozo presidencial sólo conozco Doñana. Un pequeño grupo de parlamentarios de Madrid fuimos invitados a visitar Doñana y a almorzar en Las Marismillas durante la

Expo '92. Deseo que el presidente haya descansado bien en una Semana Santa que ni él ni su Gobierno celebran. En lugar del Domingo de Resurrección festejan el Día de la Visibilidad Trans. Tal cual.

Vuelto a casa, con cercanas elecciones catalanas, vascas y europeas, Sánchez tendrá que afrontar qué quiere ser de mayor: con qué cuadrillas compartirá corridas. Y lo tiene mal. El presidente se deja llevar por un error consustancial del socialismo español: repetir la historia. La izquierda, y en ella el PSOE, creen que la crispación y la confrontación entre los españoles les favorecen. Es el muro de Sánchez entre «los suyos» y el resto de los españoles, como si no fuese el presidente de todos, le voten o no. El muro de Sánchez es el cordón sanitario de Zapatero. El paréntesis moderado, socialdemócrata, del PSOE se debió a González después de Suresnes. Vuelve a fomentarse la crispación y el enfrentamiento muchas veces con pretextos burdamente fabricados. Ello nos devuelve al pasado. Al peor pasado.

En la vuelta a ese pasado la izquierda, y en ella el socialismo, se empeñan en insistir en el retorno a la fracasada experiencia republicana de 1931. No hablan de una República nueva sino de recuperar aquella desastrosa vivencia. La Constitución de la II República ni consensuada ni aprobada en referéndum, fue una Constitución de unos contra otros. De la mitad de España contra la otra mitad. Uno de los motivos de su fracaso.



La Historia tiende a volver sobre sus pasos y hay quienes, suicida y estúpidamente, se empeñan en ello. La izquierda en general y el PSOE en particular han caído en el error de seguir en momentos diferentes una misma pauta con una machaconería que, sin embargo, no ha supuesto enseñanza. El fracaso de la II República se debió principalmente a que la izquierda creyó sólo en «su» República y no estaba dispuesta a aceptar otra; la alternancia en el poder era una cuestión superflua, una molestia. Por eso apostó por el enfrentamiento abierto con sus adversarios políticos ya desde mayo de 1931. Primer acto: la quema de iglesias y conventos. Los policías de espectadores y los bomberos inactivos, sólo pendientes de que el fuego no se propagara a las casas colindantes. Lo cuenta con rigor e ingenio un testigo de excepción: Josep Pla.

Largo Caballero, el Lenin español, lo dejó claro: «La democracia es sólo el primer paso para la consecución de la dictadura del proletariado. Que nadie dude que el poder será nuestro por las buenas o por las malas». La llamada República «burguesa» era un peaje obligado, pero sólo eso. Azaña, que a sí mismo se consideraba un burgués, fue un escritor sumergido en las buenas intenciones y en los libros pero aislado, casi secuestrado, ajeno a la realidad. Léase su «Cuaderno de la Pobleta».

En 1933 ganaron las elecciones los partidos de centro-derecha y las izquierdas amenazaron con violencia callejera y huelgas si formaba gobierno la CEDA, coalición que había ganado las elecciones, y tampoco consentían que José María Gil Robles, líder de esa coalición ganadora, presidiese el Gobierno. El presidente de la República, Alcalá-Zamora, encargó formar Gobierno a Alejandro Lerroux, del Partido Radical (centro). La CEDA no entró en el Gabinete. En octubre, cuando tres ministros de la CEDA se incorporaron al Gobierno, la izquierda cumplió sus amenazas y socialistas, comunistas, anarquistas y sindicalistas provocaron la llamada «revolución de Asturias» que produjo dos mil muertos y la destrucción de la catedral de Oviedo, la Universidad, y bibliotecas y edificios públicos.

La II República expulsó de España al Cardenal Primado, Segura, y al obispo de Álava, y declaró extinguida en España la Compañía de Jesús. Además, una Ley declaraba prescritos los «bienes de las órdenes religiosas». Todo esto antes de iniciarse la guerra civil. La persecución religiosa en la guerra civil fue espantosa con el asesinato de miles de sacerdotes, religiosas y religiosos y trece obispos.

Es la intolerancia y la violencia de la izquierda. La II República fracasó porque no se entendió de todos sino sólo de la izquierda. La que llamaron República «burguesa» nunca fue aceptada, aunque las fuerzas de la derecha y el centro ganasen las elecciones. Largo Caballero reflejó la situación: «La salida de España no está en meter papeletas en las urnas» y «El socialismo es incompatible con la democracia». A Sánchez se le debe: «Largo Caballero actuó como queremos actuar hoy nosotros». Mi duda es si le habrá leído.

La tolerancia es la gran asignatura pendiente de la izquierda en España. Cree que cuenta con una supuesta superioridad moral que le lleva a pensar que tiene unas credenciales especiales para gobernar y que cuando ella no gobierna se vive un periodo político anormal, un paréntesis. Estos, entre otros, son eslabones de la misma cadena a los que históricamente hay que añadir el acopio de armas destinadas al golpe que la izquierda preparaba para junio de 1936, que fue aplazado a agosto, y al que se anticipó el golpe militar del 18 de julio que, al fracasar, condujo a la tragedia de la guerra civil. Esto se recuerda muy poco.

Sánchez hoy trata de reescribir la Historia y asume el riesgo de repetirla. Es un grave error que, por encima de intereses sectarios, podemos pagar todos.



La trampa de la «victimización»

Christophe Geffroy

Tomado de *La Nef*, nº 368, abril 2024.

Feucherolles (Isla de Francia)

-
-

El pensamiento correcto rechaza la idea de decadencia, parodiada como «declinismo», que sería prerrogativa de viejos cascarrabias que nunca están satisfechos. Sin embargo, los tiempos apenas se prestan para sonreír y es difícil ver qué futuro se prepara para una sociedad que mata la vida en ambos extremos, por un lado la vida que emerge en el vientre de las madres, por otro lado la vida que acaba con las personas mayores o gente enferma –eutanasia (llamemos las cosas por su nombre)– que el gobierno quiere legalizar pronto. Y que, incluyendo el aborto en su Constitución, *«bailó y cantó la danza de la muerte, saludando como progreso el asesinato de tantos seres humanos inocentes e indefensos»*, afirmando *«mostrar al mundo la elección francesa como modelo del futuro»*, como muy bien dijo monseñor Philippe Christory, obispo de Chartres.

No sé, por tanto, si estamos «en decadencia», pero una cosa es segura: una civilización

que ya no garantiza la simple renovación de las generaciones está condenada a desaparecer. Los niños representan vida, pero también alegría y dinamismo, confianza en el futuro, y no querer más como muchos hoy o eliminar más de 230.000 cada año (por 750.000 nacimientos, o el 30%) no es signo de buena salud. Y pensar, como recomienda la UE, en compensar tal caída demográfica con una inmigración extraeuropea masiva es suicida y revela una visión reduccionista del hombre considerado como un simple peón intercambiable cualesquiera que sean sus raíces y su cultura.

El historiador Pierre Chaunu señaló la coincidencia entre la decadencia de la fe cristiana y el colapso demográfico. Sin una fe viva compartida por al menos una parte de la población, se pierde el sentido de la vida, lo que inevitablemente se traduce en una caída de la tasa de natalidad. También podemos preguntarnos si la catastrófica situación que vivimos, y no sólo desde el punto de vista demográfico, no es consecuencia del reinado actualmente indiscutido de lo que el gran Juan Pablo II llamó la «cultura de los muertos». Lo cual, más allá del aborto y la eutanasia, afecta a la moral en su conjunto, llevando a una deconstrucción antropológica tal que llegamos al punto de ni siquiera saber qué son el hombre y la mujer. Desde este punto de vista, está bastante claro que no se producirá una recuperación profunda sin un reconocimiento compartido de la ley moral natural, una base común esencial sin la cual una democracia pacífica no puede funcionar de manera sostenible, mucho más vital que los «valores de las Repúblicas...».



El peligro del odio a uno mismo

En este contexto de descristianización acelerada, hay una trampa que los cristianos deben evitar: la de la victimización. Esta actitud es aún más tentadora porque está de moda y muchos grupos o comunidades se hacen pasar por víctimas. La «víctima» se ha constituido como una categoría ontológica, el nuevo «héroe» de nuestros tiempos tristes. Pascal Bruckner acaba de dedicar un estimulante ensayo a este tema: *Sufro, luego existo*¹. Ciertamente, no se trata de negar que en Francia el anticristianismo, desde hace más de dos siglos, ha experimentado fases virulentas e incluso violentas, y que aún hoy no está extinto. Es un hecho. Y ciertamente jugó un papel en el borrado de nuestra religión. Pero está lejos de explicarlo todo. Creer esto nos absuelve de nuestras propias responsabilidades como cristianos. Como escribe acertadamente Pascal Bruckner, «la victimización conduce al fatalismo». No es la presencia del Islam lo que ha vaciado nuestras iglesias. No es la masonería la que ha debilitado nuestra fe. Y nada nos impide evangelizar, dar testimonio de Cristo: no arriesgamos la vida, no nos lleva a la cárcel. Si la existencia cristiana puede resultar complicada en este mundo que se ha vuelto ajeno al cristianismo –en las escuelas, por ejemplo–, no somos perseguidos como lo son nuestros hermanos que sufren el yugo islámico, comunista o hindú, no lo olvidemos.

Evitemos, por tanto, la mentalidad de víctima que se extiende y que conduce a mirarse el ombligo, a la autocompasión y, en última instancia, al odio hacia uno mismo. ¿No es ésta la enfermedad que afecta a Occidente, siempre dispuesto a disculparse por todo lo que ha sido? «No es la virulencia de nuestros adversarios lo que debemos temer, sino el odio que nos tenemos unos a otros», escribe Pascal Bruckner al final de su libro. No podemos decirlo mejor.

¹ BRUCKNER, PASCAL: *Sufro, luego existo. Retrato de la víctima como héroe*, Grasset, 2024, 320 páginas, 22 €.